

Pi 0 Los talleres literarios en dictadura espacio de democracia y civilidad Pía Barros LN



El taller literario, espacio de democracia y civilidad

Pía Barros LN 31 de diciembre de 2006

Desoyendo los bandos, artistas de todas las áreas comienzan a impartir talleres, inicialmente como un trabajo político y de solidaridad y luego, con sentido grupal y de pertenencia. Son talleres clandestinos, dictados en distintos lugares o poblaciones de Santiago y provincias.



Los talleres literarios tienen una tradición que se remonta a la Colonia. En sus inicios, las mujeres aristocráticas -la más conocida fue Isidora Zegers- recibieron en sus salones a los artistas y estos mostraban sus obras ante las personas reunidas allí; el pintor su cuadro, el músico su música, el escritor, sus textos. Con el pasar del tiempo, hubo artistas que tuvieron discípulos, se crearon grupos que competían entre sí, adherentes a unas u otras estéticas, famosas guerrillas literarias, chaqueteos y ensalzamientos propios, amenizados por nuestra idiosincrasia de chismeríos y endiosamientos varios.

Estas prácticas estaban fuera de las aulas, puesto que el arte era para unos pocos, y este sentido elitista era celosamente mantenido por los grupos que lo practicaban.

A mediados del siglo XX, las universidades desarrollaron talleres, como ejemplo está el creado por Roque Esteban Scarpa, en 1948 en la Universidad Católica, o como el grupo LAR, que nace desde la Universidad de Concepción.

Esta tradición literaria que Chile conocía, estaba arraigada en el espíritu cívico y en una fuerte conciencia de lo que significaba la democracia y sus imperfecciones. Y se profesionaliza a partir de los 50, cuando el escritor Fernando Alegría sistematiza los talleres y los transforma en un trabajo remunerado para los escritores.

El 11 de septiembre de 1973, el golpe militar anula todos los derechos civiles mediante múltiples bandos, entre ellos, el que prohíbe el derecho a reunión. También se prohíbe la publicación de cualquier material impreso que no cuente con la autorización militar.

Poco a poco, las universidades comienzan, tímidamente a incorporar talleres literarios, ya no como un divertimento sino como parte de la red curricular y tienen categoría de ramos electivos. Pero la civilidad está rota, el miedo es constituyente y

la censura ya no es literaria. La escritura es el riesgo constante a la integridad física de los talleristas.

Desoyendo los bandos, artistas de todas las áreas comienzan a impartir talleres, inicialmente como un trabajo político y de solidaridad y luego, con sentido grupal y de pertenencia. Son talleres clandestinos, dictados en distintos lugares o poblaciones de Santiago y provincias. En La Victoria, en casa de Alicia; en la Villa Portales, en casa de María Elcira, y así, Talca, La Serena, Valdivia...

Y en las universidades y fuera de ellas, los talleres proliferaban con entusiasmo; aunque en la Usach, por ejemplo, tanto en las clases regulares como en el electivo "Taller de Literatura", había extraños personajes con maletín, zapatillas, bigotitos y el propósito de parecer diez años más jóvenes de lo que realmente eran. Por lo tanto, ya no sólo había que cuidar lo que se escribía, sino de qué se escribía.

La civilidad rota constituyó un largo proceso de desaprender derechos y deberes ciudadanos.

Pero, desde el órgano de la derecha por excelencia, se pregonaba que la cultura había muerto (nunca se usó la palabra "desaparecido") en el país. El primer Taller Literario que consigue el permiso para funcionar fuera del amparo de las universidades, es el que lidera Enrique Lafourcade, junto Pablo Hunneus y Braulio Arenas. Allí se apiñaron los jóvenes y no tanto (Mariana Callejas entre otros y la gran mayoría de los que en los 90 fueron llamados pomposamente "la nueva narrativa"), para leer y recibir el dedo acusador o liberador de la única crítica posible.

El mismo Lafourcade, en una crónica escrita en el diario El Mercurio, bautizó a la época como de "apagón cultural", es decir, en Chile la cultura había terminado con el Golpe. Las páginas dedicadas a cultura de los periódicos, se llenaban con artículos acerca de libros y obras extranjeras y remotas. (El escritor Mempo Giardinelli, refiriéndose al mismo hecho en la Argentina, lo bautizó como el fenómeno EMA: es decir, Extranjeros, Muertos y Amigos). Pero, obviamente, sin aparecer en los medios de comunicación, se generó uno de los movimientos culturales más intensos y masivos que haya tenido el país. No había villa, barrio ni lugar que no tuviera su propio taller y eran quizás, los únicos espacios precariamente democráticos, que había en el país.

Durante los 80', esta explosión de talleres literarios (aunque existen talleres en otras áreas de las artes), tuvo a la Escritura como espíritu y propósito principal. En muchos de ellos no se demandaba calidad literaria. En un país donde no se puede hablar ni mostrar el pensamiento, ni debatir, la escritura se transforma en una necesidad vital, y no tiene en su esencia la necesidad de permanecer o de aspirar a la publicación.

Muchos de los textos poéticos o narrativos priorizaron la brevedad y empezó a cultivarse un subgénero híbrido llamado microficción, entre otros. La gran mayoría de los escritores de ese entonces han desaparecido de la vida literaria.

Los espacios de circulación de textos fueron inicialmente muy pocos y los métodos, aparte de las lecturas públicas en los mitin, fueron micromedios tales como trípticos, revistas hechas en papel de envolver, libros-objeto y precarias impresiones a mimeógrafo.

En los 80', con el retorno de los exiliados, empieza a cambiar el panorama literario. La orfandad de los escritores adquiere padres-pares en escritores como Poli Délano, José Donoso y Antonio Skármeta entre otros. A estas alturas, el país ya no permite que el miedo lo someta, hay mítines callejeros, grandes protestas nacionales

reclamando democracia, revistas que se niegan a la censura y muchas veces son requisadas, muertes de periodistas, y todas las maneras en que un régimen autoritario se niega a desaparecer.

Y los Talleres Literarios siguen siendo, hasta hoy, la comidilla de quienes intentan hacerlos parecer “tecitos para viejas”, “moda ochentera” “fábricas de clones”, espacios democráticos y de aprendizaje, formas de una civilidad que intenta ser en otros.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.